

que, dejándolo trasparente, se exponían á una ruina cierta. Para poder aprovecharse de las eventualidades que preveían, lo primero era vivir. Penetrados, pues, de la necesidad de ganar tiempo, de engañar á Napoleón, se mostraron más ó menos complacientes con su tirano, según el temor que les inspiraba. Austria, protegida ahora contra él por los lazos que unían á los dos soberanos, se colocó en situación de sacar partido, así de la victoria como de la derrota de Francia. Metternich, encargado á la sazón del departamento de Negocios Extranjeros, descollaba por su habilidad en contemporizar, en dar esperanzas sin soltar prendas, en esquivar las afirmaciones categóricas. Por tanto, á las preguntas que Napoleón había dirigido á la corte de Viena, relativas á su manera de juzgar la ocupación por Rusia de las provincias danubianas, contestó que, en efecto, el asunto era muy interesante para Austria, y constituía un legítimo agravio de esta potencia contra el Czar; mas agregaba, no le era posible estimarlo como causa inmediata de guerra, por lo agotadas que estaban sus fuerzas desde la última campaña. Esta respuesta permitía adivinar que, si el emperador Francisco era incapaz de resistir la presión amenazadora de su yerno, seguiríale á disgusto, cobraríase con usura y le abandonaría tan luego pudiese.

Prusia debía plantear y resolver el problema en términos algo diferentes. Por lo mismo que tenía más motivos que ningún otro Estado para desear el vencimiento de Francia, temió que el primer acto de Napoleón, antes de empeñarse en la guerra con Rusia, fuese el darle el golpe de gracia. La consideración de esta eventualidad la espantó, y, anticipándose á los sucesos, ofreció su apoyo á su enemigo sin aguardar á que él se lo pidiera. A fuerza de perseverancia, de orden, de trabajo, de economía y gracias á la íntima unión establecida al cabo entre su pueblo y su gobierno, Prusia se preparaba en secreto á acometer la empresa de su liberación. Las sociedades secretas activaban su propaganda y mantenían el entusiasmo. Los esfuerzos de Stein y de Scharnhorst habían rendido sus frutos, y los artesanos y campesinos rotos los lazos feudales, eran llamados al goce de la propiedad territorial á tomar parte en la administración de las localidades, á gestionar sus propios intereses. A pesar de la penuria del Erario, se había reorganizado la enseñanza según los planes fecundos de Guillermo Humbolt, y en las escuelas y centros superiores de instrucción se formaban ciudadanos y patriotas. La ciencia y la política modelaban el espíritu militar. El ejército reducido aparentemente á la cifra de cuarenta y dos mil hombres, contaba en realidad con ciento cincuenta mil, debido al procedimiento ingenioso de hacer frecuentes llamamientos á fin de aumentar el número de individuos aptos para la guerra: había cuadros de oficiales para doscientos mil soldados. Pero no obstante sus prodigios de actividad, disimulados con arte infinito, Prusia estaba aún á merced de Napoleón. De aquí su apresuramiento en brindarle sus servicios, como hemos dicho. A principios de Abril de mil ochocientos once, Federico Guillermo propuso al em-

bajador francés, Saint-Marsant, la celebración de un tratado de alianza eventual entre Francia y Prusia, y animado por las insinuaciones de Napoleón, redactó el oportuno proyecto, que su ministro Krusemarck entregó al Emperador. Federico Guillermo pedía que Francia garantizase á Prusia la integridad de sus posesiones actuales, prometiendo, en cambio, ayudarla con un cuerpo de tropas auxiliares «si necesitaba sostener alguna guerra, fuese en Alemania, fuese en los confines de Prusia». Al mismo tiempo, manifestó á Alejandro de Rusia que, no siéndole posible mantenerse neutral, iba á aliarse con Napoleón. Pero Alejandro sabía á qué atenerse respecto al alcance de esta alianza, y no demostró enojo ni sorpresa. En cuanto al Emperador de los franceses, conociendo ya lo que le era dado esperar de las complacencias de Prusia, se encerró en profundo y enigmático silencio, que puso á prueba la paciencia del gobierno del rey Federico. ¿Qué meditaba el vencedor de Jena? ¿Qué peligros ocultaba su reserva? ¿Proyectaba acaso destruir á Prusia? Presa de cruel perplejidad, los ministros prusianos decidieron salir de dudas, adoptando una resolución digna y enérgica. Decretaron armamentos y comenzaron á fortificar las plazas de guerra que les quedaban, so pretexto de colocarse en condiciones de defensa en previsión de que los ingleses operaran un desembarco, que era la razón alegada frente á Rusia por el Emperador de los franceses, para justificar sus bélicos preparativos. Napoleón llevó muy á mal que alguien que no fuera él se valiese de esta superchería. «Está bien, escribió á Saint-Marsant, que se haga creer á Rusia que los ingleses van á desembarcar, pero hartos se sabe que no desembarcarán». Entonces Hardemberg, que dirigía otra vez los negocios públicos de su país, echando á un lado rodeos y subterfugios, declaró valerosamente á Saint-Marsant «que era preferible sucumbir con la espada en la mano á morir llenos de oprobio, y que Francia debía optar entre un aliado fiel ó un enemigo determinado á defenderse hasta la desesperación. «Este golpe de audacia enfureció á Napoleón, que, en el primer momento de cólera, expidió órdenes á Davout para anonadar á Prusia, si en el acto no cesaba en sus aprestos; sin embargo, como al par dejaba entrever que la alianza sería la recompensa del desarme, no le fué difícil obtener la satisfacción que reclamaba.

Rusia no trató de disputar á Francia amistades cuya poca solidez le constaba. Entre San Petersburgo, Viena y Berlin era tan grande la solidaridad de intereses, que no se necesitaban compromisos escritos, estando todos seguros de entenderse cuando fuese preciso. Alejandro, además, se había trazado ya el plan de campaña que después puso en práctica, es decir, retirarse ante el ejército francés, para arrastrarlo al fondo de Rusia, por lo cual no era político, exigiendo la cooperación inmediata de Austria y Prusia, exponer á su total destrucción fuerzas importantes, que ulteriormente podrían ser utilizadas con mayor provecho. Las dos únicas alianzas que por de pronto le convenían eran la de Turquía y la de Suecia, naciones que desde luego estaban en situación de perjudicarlo ó

favorecerle á causa de su vecindad. Ahora bien, respecto del Imperio otomano, no era dudoso que conseguiría cuando menos su neutralidad, sin más que firmar paces con él, y por lo que dice relación á Suecia, se contaba en San Petersburgo con apartarla de la causa de Francia, gracias, principalmente, á la conducta despótica y altanera de Napoleón.

En efecto, Bernadotte, asociado al gobierno de la monarquía desde que fué elegido príncipe sucesor, se había negado á aplicar á las potencias neutrales las medidas del bloqueo continental, con lo que las relaciones entre Francia y Suecia adquirieron suma tirantez, naciendo por la misma razón cierta solidaridad entre el gobierno de Stokolmo y el de San Petersburgo. Cerrando sus puertos á los buques de los Estados neutrales, Suecia se condenaba á perecer de hambre. Napoleón, empero, se obstinaba en arrancarle esta concesión, sosteniendo imperturbablemente «que no había buques neutrales, que todos ellos eran ingleses», y si se le oponía el testimonio de un ministro americano, que certificaba la nacionalidad de las naves de su país, respondían sin vacilar: «No hay embarcaciones americanas; si el ministro de América asegura lo contrario, no sabe lo que se dice». Sin embargo, cuando vió acercarse la guerra, comprendiendo las ventajas que podría reportarle la amistad de Suecia, condescendió á escribir á Bernadotte, cosa á que antes se negara, prometiéndole formalmente ayudarle á reconquistar la Finlandia, si sobrevenía el conflicto con Rusia. En lo tocante á Noruega, de que Suecia ansiaba apoderarse, Napoleón interpuso su veto, mirando por los intereses de su aliado, el rey de Dinamarca. Bernadotte, que sentía tener que ponerse enfrente de su antigua patria, se mostró agradecido á la atención del Emperador, y las relaciones entre Francia y Suecia habían perdido su aspereza, pudiendo creerse que se iba á establecer una cordial inteligencia entre los dos países, cuando de pronto los ánimos se encrespaban más que nunca, con motivo del apresamiento de unos bajeles suecos por corsarios franceses, que fué seguido de incidentes muy desagradables. Humillado por la soberbia de Napoleón, harto débil para permanecer aislada en medio de las convulsiones de Europa, debiendo pensar en su propia seguridad, Suecia se alejó de Francia para aproximarse á Rusia.

En los días, Marzo de mil ochocientos once, que Napoleón escribió á Bernadotte, reinaba gran alarma en Varsovia, por saberse que cinco divisiones rusas avanzaban á través de la Podolia y la Volinia, y que las tropas de Finlandia encaminábanse hacia el sur. Los polacos del Gran Ducado dieron la voz de alerta á Hamburgo; Davout informó á Napoleón de lo que ocurría, y éste último, apercibiéndose á todo evento á la defensa, activó el envío de refuerzos á Dantzig, aviso al rey de Sajonia que debía completar el armamento de las tropas varsoviañas, previno á los príncipes de la Confederación del Rin que pusiesen sus huestes en pie de guerra, llamó á sus ejércitos de Italia y Nápoles, mandó repasar los Pirineos á los polacos que su batían en España, y ordenó á Davout que estuviese pronto

á correr en auxilio del Gran Ducado. Por una y otra parte, los síntomas eran cada vez menos tranquilizadores. Lauristón reemplazaba en San Petersburgo á Caulaincourt, acusado de dejarse engatusar por las zalamerías de Alejandro, y éste enviaba á París á su ayudante de campo, Tchernichef, para avivar el celo [de su ministro Kourakine. Y mientras el aire se poblaba de siniestros rumores, estremeciendo á los pueblos de espanto, y Francia, exhaustos los veneros de su riqueza arruinada por el bloqueo, privada de sus brazos más robustos, sangrada en todas sus venas, atravesaba gravísima crisis industrial, el Imperio rebosaba en fiestas y regocijos oficiales, porque Napoleón tenía ya un heredero, que al venir al mundo fué saludado con el título de rey de Roma, según lo dispuesto en el senado-consulta de diez y siete de Febrero de mil ochocientos diez, que incorporó á Francia los Estados de la Iglesia.

Aunque á nadie se ocultaba que era inminente el rompimiento, todavía Napoleón protestaba de su amor á la paz y de su deseo de conservarla. Sin embargo en cierto momento, habiéndose figurado que Rusia quería que se indemnizase al duque de Oldemburgo dándole el gran ducado de Varsovia, gritó arrebatado de ira: «Haré que Rusia se arrepienta; tal vez haya de deplorar no sólo la pérdida de sus provincias polacas, sino también la de Crimea». Reportóse luego al saber que se trataba solamente de algún distrito polaco, y deseoso de desvanecer el mal efecto que habían de producir sus amenazas en San Petersburgo ofreció á Tchernichef indemnizar generosamente al príncipe desposeído y firmar las garantías concernientes á Polonia. En el entretanto, las tropas rusas se habían alejado de la frontera polaca, y hubo esperanzas en Europa de que la borrasca llegara á conjurarse. Esta ilusión duró hasta el quince de Agosto, en que Napoleón increpó violentamente al príncipe de Kourakine, en una recepción solemne del cuerpo diplomático. «No soy bastante tonto, le dijo, para imaginarme que lo que os preocupa es el Oldemburgo. Veo claramente que donde tenéis fija la mirada es en Polonia. Me atribuíis proyectos acerca de los polacos y empiezo á creer que vosotros sois quienes los acariciáis... Aunque vuestras tropas acampasen en las alturas de Montmartre, no cedería una pulgada del territorio varsoviano».

Alejandro acogió bien á Lauristón, manifestándose animado de disposiciones conciliadoras; declaró estar pronto á transigir con la existencia del gran ducado de Varsovia, siempre que no sirviera de precedente para restaurar el reino de Polonia, y prometió hacer respetar las reglas del bloqueo, á condición de que no se prohibiese á sus súbditos traficar con los Estados Unidos y las demás potencias neutrales. En este punto, su actitud era inflexible. «Pelearé, decía, diez años; me retiraré á Siberia, si es preciso, antes de consentir que se coloque á Rusia en la situación que están Prusia y Austria». Por toda respuesta, negó Napoleón que hubiese buques americanos, y entonces el Czar envió á Kourakine un *ultimátum*, redactado á prevención desde Octubre de mil ochocientos